

# La historia cultural en el contexto de la historia del Mediterráneo Americano

Arturo Sorhegui Tamayo

Doctor en Ciencias Históricas. Académico de número de la Academia de Historia de Cuba. Profesor Titular del Departamento de Historia de Cuba de la Facultad de Filosofía, Historia y Sociología de la Universidad de La Habana.

Email: arturo.sorhegui@ach.ohc.cu

**Resumen:** La temática historiográfica de la Nueva Historia Cultural unida al surgimiento en territorio americano del grupo modernidad/Colonialidad, abre opciones para el estudio de las interrelaciones culturales y de todo tipo existente entre sus diferentes países y rompe la tradición a las visiones estancas impuestas por las historiografías nacionales. Para ello se propicia, en estas páginas, reproducir manifestaciones de una evolución que incluye, tanto antes como después de la llegada de los europeos, las confluencias gestadas por la unión de las aguas del Golfo de México y el Mar Caribe con respecto a la América del Norte, del Sur, Centroamérica y las Antillas. En lo que denominamos, de conjunto, Mediterráneo Americano. El principio de que, así como resultaría imposible a los territorios bañados por la cuenca del Mediterráneo europeo hacer una historia representativa de sus respectivos espacios, es igualmente inadecuado hacerlo en América sin tener en cuenta las confluencias gestadas por la unión de las aguas del Golfo de México y el Mar Caribe con respecto a la América del Norte, del Sur, Centroamérica y las Antillas.

**Palabras clave:** Grupo Modernidad/Colonialidad · Nueva Historia Cultural · Interconexión espacios marítimo-terrestre y fluviales en la etapa prehispánica · Interconexión espacios etapa conquista-colonización europea · Lucha predominio Mar Caribe-Golfo de México.

## Cultural History in the Context of the History of the American Mediterranean

**Abstract:** It intends to bring near the present article the principal aspects that comes face to face the historian stops and from his present, taking into account the relation between the characteristics of the historic knowledge emanated of this and the history of the Present from one point of theoretic sight, departing from the thesis that the classroom is a fundamental space to propitiate this knowledge. The history has demonstrated its importance you did not sole like the science of the past but of the present and of the future. But what limitations and advantages does the history of the Present? What comprises temporary limits? Which is the historian's social show? What problems did we confront during his study? These and another questions will be discussed in the article, that it aims at historiographical knocking at the reflection fundamentally, to the interdisciplinarity of social studies, to the reflection on the history that we are constructing and that are teaching at our classrooms. The historians have the duty to take responsibly part in analysis and solution of present problems, utilizing the tools that you give our science from the present.

**Keywords:** Modernity/coloniality Group · New Cultural History · Interconnection between Maritime-terrestrial and Fluvial Spaces and the Pre-Hispanic Era · Interconnection between Spaces and the Period of Conquest and Colonization · Struggle for Predominance over the Caribbean Sea and the Gulf of Mexico

“...Considerando el Mar de las Antillas del que hace parte el Golfo de México como un mar interior ... es importante que dirijamos la atención sobre las relaciones políticas que nacen de esa configuración ... en derredor de una misma cuenca...”

(Humboldt, p. 239).

## INTRODUCCIÓN

U nas de las dificultades para el mejor conocimiento de la historia latinoamericana deriva en considerar a cada uno de sus territorios como espacios estancos, relacionados casi exclusivamente con sus propios contextos espaciales inmediatos olvidando que nos encontramos en una encrucijada del mundo, en la que la unión de las aguas del Mar Caribe y el Golfo de México constituyen un Mar interior que interrelaciona, en cuanto a condiciones geográficas, económico sociales, y —sobre todo— culturales a Norte, Sur, Centro América y las islas que constituyen las Antillas Mayores y Menores.

En su discurso ante la Academia sueca para recibir el premio Nobel de literatura, el colombiano Gabriel García Márquez, hacía mención a esta dificultad mencionada más arriba al titular su discurso *La soledad de América Latina*. Argumenta que esta soledad es el resultado de las dificultades para los propios latinoamericanos de hacer creíble —comprensible— su realidad. Por lo cual no resulta difícil entender —añade— que los talentos racionales de Europa se hayan quedado “*sin un método válido para interpretarnos*” (cursivas mías, García, 2015).

A la dificultad de no disponer de un método idóneo también ha hecho alusión el cubano Alejo Carpentier, quien en su novela *El recurso del método*, se vale de Renato Descartes, considerado el padre del pensamiento occidental, para demostrar que sus preceptos racionales no son enteramente aplicables a la realidad Latinoamericana (Carpentier, 1974). Situación que pone a prueba al contraponer el pensamiento cartesiano, enunciado en exergos incluidos en cada uno de los capítulos de su libro, con muestras de nuestra realidad, en la medida que esta difiere —en cada una de las partes— con los principios de este decálogo del racionalismo europeo.

La carencia de un método adecuado para asimilar y aprovechar una realidad no ha sido óbice —sin embargo— para que los efectos culturales nacidos en el tiempo de las interrelaciones propiciadas por esa Cuenca sean percibidos por los integrantes de las otras comunidades del mundo y por nuestros propios intelectuales. García Márquez ha expresado en su autobiografía —*Vivir para contarla*— que las herramientas lingüísticas creadas por el norteamericano William Faulkner para describir la realidad del sur profundo de Norteamérica, son las que le han sido útiles para poder describir la realidad y los personajes propios del Caribe colombiano —Aracataca/Macondo—, situado a miles de kilómetros, pero parte también de un mismo Mar interior cuyos efectos culturales, al igual que los del Mediterráneo europeo, persisten en el tiempo (García, 2002, pp. 440-441).

## LA NUEVA HISTORIA CULTURAL

Las consideraciones sobre la historia cultural y sus antecedentes, que expondremos esquemáticamente a continuación, no buscan un estudio sobre esta tendencia, sino el incorporar a sus opciones de análisis la presencia de este Mar interior para la conformación del geo-estrategias de los diferentes imperios coloniales —política colonial—, y los efectos del medio en la conformación de una conciencia colectiva.

La constatación por los literatos del vacío historiográfico alcanza nuevas opciones de análisis/acción al surgir una conciencia crítica sobre el llamado proceso de modernización, llevado a efecto en el mundo desde el siglo XVI, con el “descubrimiento” de América, y la formación y evolución del capitalismo según se expresará en el Renacimiento, la Ilustración, la Revolución Industrial, y el neoliberalismo actual. Tendencia sometida a crítica en una de las variantes derivadas del llamado Posmodernismo —finales del siglo XX y del XXI en curso— que prioriza el poner a debate lo que le faltó llevar a cabo a este proyecto de modernidad.

Desde finales de la década de 1980 comenzó a perfilarse lo que ha dado por llamarse la *Nueva Historia Cultural*, que tiene entre sus objetivos alcanzar, a través del estudio de la cultura, la iniciación del campo de estudio a nuevas ideas de comprensión del conocimiento histórico lo cual ha dado paso a una evolución que, como ha planteado Fernand Braudel, traspasa las barreras de la

historia económica convencional para dar pie a la vida cotidiana, las personas y las cosas.

De lo que se trata, en resumen, es que la cultura —con su base material, económica y social— llegue a un plano donde lo imaginario, lo inmaterial, lo cotidiano y lo popular permita explicar fenómenos y problemáticas propias de la vida cultural. Hacia 1989, Lynn Hunt, en su introducción a una obra sobre la Nueva Historia Cultural subrayaba tres de las características que a su entender la distinguían:

1- La de centrar la atención en los lenguajes, las representaciones, las prácticas, las formas simbólicas y el mundo social (Hunt, 1989).

2- El encontrar modelos de inteligibilidad en disciplinas vecinas que los historiadores habían frecuentado poco hasta entonces: como era el caso de la antropología y la crítica literaria, además de las antiguas alianzas que unían la historia con la geografía, la psicología o la sociología, las que se ven sustituidas por nuevas proximidades que obligan a los historiadores a leer de manera menos inmediatamente documental los textos o las imágenes, y a comprender, en sus significaciones simbólicas las conductas individuales o los retos colectivos.

3- Esta historia procede más por estudios de caso que mediante la teorización global, lo que ha conducido a los historiadores a reflexionar sobre las elecciones conscientes o las determinaciones desconocidas que rigen a su manera de construir las narraciones y los análisis históricos (Hunt, 1989).

## DESARROLLO

### UNA HISTORIA CULTURAL DESDE AMÉRICA LATINA

En 1998, en ocasión de un Congreso mundial de Sociología, realizado en Montreal, Canadá, se realizó —en el marco de sus sesiones— un Simposio con el sugerente título de *Alternativas al eurocentrismo y colonialismo en el pensamiento social latinoamericano contemporáneo*, de cuyas discusiones derivaría la creación de una suerte de colectividad con el nombre de Grupo Modernidad/Colonialidad, que ha tenido entre sus objetivos asumir las posiciones críticas del Posmodernismo: en los términos de una historia cultural aplicada a los problemas particulares de América Latina; sin los inconvenientes del eurocentrismo y del equívoco de

identificar la historia europea como una historia universal.

Una de las características del Grupo ha sido asumir dentro de su epistemología la mundialidad del sistema capitalista. Concepción que aplican: no sobre los supuestos de la anterior Teoría de la Dependencia, sino sobre los aportes teóricos de Immanuel Wallerstein, mucho más abarcadores y que entre sus beneficios tiene el de incorporar creadoramente los aportes de *El capital*, de Carlos Marx, y la teoría de la larga duración, del francés Fernand Braudel.

Otro de sus enunciados básicos es el del poder, según lo ha desarrollado, entre otros, el peruano Aníbal Quijano. En este sentido alerta sobre el hecho de que la mundialidad del sistema capitalista va acompañada de una malla de relaciones sociales de explotación/dominación/conflictos articulados para alcanzar el control sobre los campos de trabajo y sus productos; la naturaleza y sus recursos de producción; la subjetividad, incluida la variable de los conocimientos; y el de la autoridad y sus instrumentos de relaciones sociales capaz de regular sus cambios (Quijano, 2000).

No de menor importancia resulta la inclusión hecha por el venezolano Eduardo Lander de la conquista ibérica del continente americano, como el momento fundacional de los dos procesos que articuladamente conforman la historia posterior del capitalismo: la modernidad y la organización colonial del mundo. Colonización que inicia —según Lander— la constitución colonial de los saberes que llevará, en los siglos XVIII y XIX, a una organización de la totalidad del espacio y del tiempo y, con ello, toda las culturas, pueblos y territorios del planeta, presentes y pasados en una gran narrativa universal. En una versión en que América queda ajena —por voluntad ajena preestablecida— a ese proceso modernizador, desconociéndose incluso los aportes de las civilizaciones de México y Perú (Lander, 2005).

Parte importante de la visión sobre la colonialidad que el liberalismo ha propiciado desde la Ilustración, la aporta el venezolano Fernando Coronil, quien advierte que el liberalismo hace abstracción de la naturaleza, de los recursos, del espacio, y de los territorios en busca de propiciar la interpretación de que el desarrollo histórico de la sociedad moderna y del capitalismo es resultante de un proceso interno propio al sistema; autogenerado

por la sociedad europea y que posteriormente se expande hacia las regiones atrasadas (Coronil, 2005).

En su rechazo a la versión amañada que hace abstracción de la naturaleza el arqueólogo venezolano se vale de los aportes de Henri Lefebvre, en su consideración de que el espacio es una construcción social; en su doble condición: de producto de las relaciones sociales, y de la naturaleza. De ahí que Lefebvre entienda que la tierra incluye a los terratenientes, a la aristocracia del campo, al Estado nación confinado a un territorio específico y, en el sentido más absoluto, a la política y a la estrategia política. En resumen, la naturaleza y la territorialidad como ámbito de la política.

#### EL MEDITERRÁNEO AMERICANO Y LA HISTORIA CULTURAL

La incorporación de la naturaleza y el espacio a un análisis de la realidad americana, que incluya, asimismo, la mundialidad del sistema capitalista; la aplicación de de las relaciones de poder, acorde con la política colonial generada por las distintas metrópolis dentro del proceso la formación y evolución del capitalismo; y la necesidad de iniciar ese proceso desde el siglo XVI dado el carácter fundacional de los realizado por España y Portugal en todo lo que ocurrirá después, debe partir —a mi entender— de un principio metodológico.

El principio de que, así como resultaría imposible a los territorios bañados por la cuenca del Mediterráneo europeo hacer una historia representativa de sus respectivos espacios desconociendo las interconexiones culturales, comerciales y de todo tipo que dieron lugar a un modo de vida mediterráneo, capaz de incorporar en una unidad los aportes de África, Europa y Asia. Es igualmente inadecuado hacerlo en América sin tener en cuenta las confluencias gestadas por la unión de las aguas del Golfo de México y el Mar Caribe con respecto a la América del Norte, del Sur, Centroamérica y las Antillas (Sorhegui, 2014).

La razón por la que historiográficamente, a diferencia de Europa, tengamos que hacer énfasis en ello, es por haberse interrumpido las interrelaciones a la altura de finales del siglo XIX y principios del XX, al convertirse el Caribe y el Golfo de México, según el historiador Eric Williams, en un *Mediterráneo estadounidense, con Puerto Rico como su Gibraltar* (Williams, 2011). Debido a ello, México, que tuvo en Veracruz, en la zona

del Golfo, el puerto único para la entrada de todas las mercancías del exterior y la exportación de las suyas, apenas tiene vínculo con el área a cuya evolución debió su prosperidad. Lo mismo sucedió con Jamaica con respecto a las Antillas, la América Central y Yucatán, sin que exista hoy una comunicación aérea o marítima con ellas de importancia. Vínculos que no por inexistentes en lo contemporáneo, han evitado traslucir la urdimbre de una cultura anterior de la complementariedad, del comercio y el enfrentamiento a situaciones comunes, que hacen identificables a sus habitantes, en medio de la diversidad, aún después de haber transcurrido más de 100 años.

#### LA ETAPA PREHISPÁNICA Y EL MEDITERRÁNEO AMERICANO

Aunque coincidimos en la importancia que tuvo el proceso de inicio de la colonización moderna con la presencia de los españoles en América, a partir de finales del siglo XV, ello no implica desconocer la jerarquía de las civilizaciones y comunidades americanas en la conformación del espectro cultural que daría lugar a nuestro hombre actual. Evolución que enunciaremos esquemáticamente y mediante una síntesis apretada en sus posibilidades de valerse de la navegación marítima para hacer efectiva las potencialidades de ese Mar interior para su progresión económico-social y cultural.

La primera manifestación de una gradual y no siempre continuada interinfluencia de intercambios y cultura entre Norte, Sur, Centroamérica y las Antillas, la retrotraemos, después de la constitución geológica del Mar interior, hará unos 2 mil 500 millones de años, al momento de las primeras emigraciones ocasionadas debido a los cambios climáticos ocurridos después del paso del hombre por el estrecho de Behring. Estas primeras emigraciones establecieron los vectores (Rodríguez y Pagán, 2006, pp. 99-139) y marcaron, junto con las corrientes marinas, la primera manifestación de una gradual interinfluencia de intercambios y cultura.

Desde esta denominada Etapa Formativa de la evolución americana (15 mil a.n.e-600 a.n.e), se hicieron presentes al menos dos importantes focos resultantes de la existencia de estos vectores de comunicación. Uno de ellos fue la zona de los manglares, situada —entre otras— en las desembocaduras de los ríos del Orinoco (oriente venezolano), el Amazonas (norte de Brasil) y la del Grijalva (en Tabasco, México); los humedales de

las zonas costeras y las zonas bajas en general. Con manifestaciones claras en Kotosh —en la amazonia de la parte peruana—, la isla Marajo —desembocadura del río Amazonas—, en las culturas salaloide y barrancoide —Orinoco bajo y medio—, y en La Venta en la huasteca mexicana.

En el sur de Mesoamérica se ubica el segundo polo ya enunciado. Está situado en la cuenca del río Usumacinta, con especial destaque para la desembocadura de sus aguas por el río Grijalva, además de otras rías de importancia hacia el occidente de Tabasco. La muestra más avanzada deviene de la cultura de La Venta, centro de los llamados Olmecas. Antecedente de un mundo urbano que empezaba a gestarse a partir o simultáneamente de La Venta hacia Oaxaca, la costa Pacífico, en específico las de Guatemala; Chiapas, y la extensa zona costera del Golfo de México, conocida como la huasteca.

Tanto a través de aruacos y caribes, en lo referente a las zonas de las Guayanas y el oriente venezolano, dominados por el río Orinoco y su desembocadura (Sajona, 2010, p. 43), como por intermedio de los Olmecas en el sur de Mesoamérica, tenemos dos muestras de una evolución en que comienza a gestarse las bases de las redes de comercio de larga distancia, con un aprovechamiento pobre de las posibilidades que brindaba el Mediterráneo americano. Aruacos y caribes por lo menos desde el 200 a.n.e, realizaron viajes directos entre la desembocadura del Orinoco y diferentes puntos de Suramérica; incluidos movimientos hacia las áreas norteñas de las Antillas, además de otros desde ellas hacia el sur, para ocupar las Antillas menores. Mientras que, en la huasteca, Oaxaca y otras zonas inmediatas se hacía otro tanto por intermedio de las rutas fluviales, cuya explotación es resultado no solo de la influencia de sus centros ceremoniales, sino los efectos de las presiones a que estaban sometidos por el gran número de pobladores, que originaron no pocos desplazamientos.

En el período clásico (siglos I al VII de n.e) gracias a las interconexiones entre los diferentes espacios, representativos del hábitat del manglar, los humedales, las selvas, las llanuras costeras y las altiplanicies, se da lugar en Teotihuacán —altiplanicie mexicana— a la formación de núcleos y redes urbanas que lograron en su entorno cifras superiores a los 50 mil habitantes para el siglo IV y los 200 mil en su etapa de apogeo.

Evolución que propició lo que algunos autores han denominado una revolución en la circulación, al unirse mediante los caminos terrestres y la navegación fluvial —por las cuencas de los ríos Grijalva y Usumacinta— las producciones de la Altiplanicie y la zona selvática del sur de Mesoamérica. Entre los productos más codiciados estaba —en primer lugar— la piedra de obsidiana, utilizada en la confección de macanas, cuchillos y otros utensilios, los que se intercambiaban con la sal, el jade, las plumas de aves tropicales y el cacao, propio de la selva.

Aun cuando no alcanzaban los índices poblacionales de los teotihuacanos, los aruacos y caribes fueron, desde el formativo, los más avanzados en las rutas marítimas; proyección que mantuvieron y desarrollaron en el período clásico. El territorio de mayor incidencia fue la zona nuclear de la desembocadura del Orinoco, no ajena a ramificaciones hacia las Guayanas y Cumaná. En un entorno en el que practicaban, regularmente, una feria donde comercializaban la sal gema de la península de Araya, preparada en forma de bloques, que permitía su fácil transporte hacia zonas lejanas. Entre las mercaderías disponibles, además de los bloques de sal, contaban con cerámica, oro y pájaros que intercambiaban por coca y otros productos. El tráfico se extendía a la zona centro occidente venezolana en los actuales estados de Zulia, Falcón, Lara y Valencia.

Es de tener en cuenta el amplio territorio con el que se relaciona la cuenca del Orinoco. Esta incluye, a través del río Meta, no solo los llanos venezolanos, sino que intercomunica, también, con las llanuras colombianas y sirve de salida, por el departamento de Boyacá, a la altiplanicie colombiana. La magnitud de productos capaz de encauzarse a través de esta Cuenca, es una de las constantes de la historia del Mediterráneo Americano, con principal destaque para el siglo XVII, cuando fue el centro de la famosa Ruta del Contrabando, capaz de competir, con ventaja, con el comercio oficial hispano practicado a través del sistema de flotas.

Durante el período del clásico tardío se manifiesta otro hito en el aprovechamiento de las opciones del Mediterráneo Americano, las que se afianzan en el posclásico. Esta evolución se relaciona con la caída de Teotihuacán y la proliferación de diferentes oleadas migratorias que tuvieron consecuencias en la utilización de un comercio marítimo a la altura de las dos márgenes

de la península de Yucatán: una hacia el Golfo de Honduras (al este), y otra, por el Golfo de Campeche (al oeste).

Las afectaciones por las oleadas de tribus que empezaron por la de los chichimecas hacia Teotihuacán, continuaron, a su vez, con la de los propios teotihuacanos, toltecas, y posteriormente mexicas, entre otras, hacia Oaxaca (Monte Albán), el Tajín y la zona del Golfo. Como resultado de ello, algunas de las fracciones de habla náhuatl, presentes en el valle de México, acrecentaron su influencia en Tollán (Tula), de la cual se desprendería una de las ramas que extenderá hasta la región de Yucatán.

Por si fuera poco, una de las consecuencias de las guerras fueron los desplazamientos que provocaron entre nahuatls y mayas, a la altura de la cuenca del Usumacinta y el Grijalva. Emigraciones que alcanzaron no solo Yucatán, sino, también, los territorios de Guatemala, El Salvador, Nicaragua, el Darién (Panamá) y los Andes, según aseguran algunos arqueólogos. Dentro de este proceso, la incorporación de la porción norte de la península de Yucatán tuvo repercusión en la extensión de los caminos terrestres y fluviales, y en el incremento de las posibilidades de la navegación marítima.

Tanto en el clásico, como en el posclásico, se revelan las potencialidades de la zona del Golfo de Honduras, como una de las dos áreas más dinámicas para la navegación marítima y punto de continuidad durante la presencia europea. La otra fue la ya nombrada desembocadura del Orinoco, la que, junto con las islas del oriente venezolano, Cumaná y las Guayanas, resultan la salida natural de los llanos colombiano-venezolanos, en plena zona de influencia de caribes y aruacos. Yucatán refleja otro tanto, en su condición de puente fluvial entre Mesoamérica y Centroamérica y punto de inflexión entre los caminos terrestres originados en las altiplanicies mexicanas, en su intercomplementariedad con los productos de la zona selvática.

Entre los siglos X al XVI fueron los mayas chontales, también denominados putunes, con ascendencia en la zona cacaotera de Tabasco, los que se extendieron —gracias al dominio alcanzado en el tráfico de las semillas de cacao— por todo el litoral de Yucatán. Fue mediante esta influencia y la conquista por parte de toltecas, primero, y mexicas, después, que se apropiaron de

la porción norte de Yucatán, lo que va a permitir el tra-siego marítimo que alcanzaría a Honduras y Centroamérica.

Esta expansión de las actividades mercantiles alcanzó nuevas cotas hacia el siglo XIII, con la fundación de la Liga de Mayapán, en territorio yucateco. La extensión del trabajo forzado para la elaboración de productos del agro, como mantas, algodón, cera, copal, miel y sal, unido a los beneficios alcanzados con el tra-siego de mercancías de un lugar a otro en expediciones marítimas a larga distancia, abrió una era caracterizada por un mayor peso del comercio marítimo.

#### EL MEDITERRÁNEO AMERICANO Y LA FASE MERCANTIL USURARIA DE LA FORMACIÓN DEL CAPITALISMO

La mundialidad, ya anteriormente destacada por el Grupo de modernidad/colonialidad; la priorización de las relaciones de poder —en nuestro caso emparentada con la conformación de una política colonial—; la consideración de la ocupación del espacio, como parte de las relaciones hombre-naturaleza; y el carácter fundacional de la colonización española en lo tocante al proceso de formación del capitalismo, son parte de los presupuestos metodológicos —entre otros— que hemos asumido, para el estudio económico social y cultural del Mediterráneo Americano en la época del inicio de la colonización moderna.

Debe contemplarse, asimismo, que la expansión propiciada por España, en el último cuarto del siglo XV, abrió para el Atlántico y el Mediterráneo Americano la era de la navegación oceánica y significó una utilización más abarcadora de sus potencialidades. El Mar interior comenzó paulatinamente a hacer función de punto de interconexión entre América, España y Europa, y alcanzó la categoría superior de encrucijada mundial, al incorporar, posteriormente, al Asia (viaje de Legaspi y Urdaneta - Galeón de Manila) y al África, con la proliferación, luego de la obligada escala en Canarias, de la trata negrera.

Esta expansión fue en gran medida el resultado de una nueva etapa de la organización del Estado español, organizado bajo los principios de una monarquía territorial centralizada que además de ser capaz de disponer de mayores recursos, propició una política de gobierno que consideraba que —según principios de la economía política— la base de la prosperidad descansaba en la disposición de metales preciosos, y debía mantenerse

una balanza comercial favorable, a fin de evitar la salida hacia el exterior del oro y la plata. De ahí que esta fase, denominada bullonista, en términos de la historia de la economía política, haya dado lugar a que denominemos esta etapa de la formación del capitalismo: mercantil usuraria.

No menos importante, es considerar que, por ser la primera etapa de la formación del capitalismo, esta fue mucho más lenta en la articulación de la política colonial que la distinguiría. En el caso español debemos considerar diferentes momentos: 1- 1493-1502 Primera etapa de la colonización insular, en la que se establece una factoría en la isla de la Española, que se transforma en una colonización por población en 1502, con el gobierno de Nicolás Ovando. 2- 1502-1520 Segunda etapa de la colonización insular, en que hasta 1508, la colonización se encuentra constreñida a su presencia en la Isla La Española, para expansionarse, seguidamente, a otros cinco espacios situados en la zona del Caribe. Desde Jamaica, Cuba, Puerto Rico, La Española y Panamá, la colonización se expandió hacia la zona continental. 3- 1521-1544 Etapa continental, que incluye, fundamentalmente, las conquistas de México y Perú, la que se consolida, para la monarquía, con la estructuración de dos Virreynatos y la proclamación de las Leyes Nuevas de Indias.

Los efectos de la expansión hispana gestada desde las islas y Panamá desarticulaban los caminos terrestres que desde el Altiplano mexicano habían promovido teotihuacanos, toltecas y mexicas; afectaron los intercambios que por la vía fluvial y marítima acometieron mayas chontales y la Liga de Mayapán. Y se hizo imposible mantener los índices de poblamiento alcanzados en el norte de Yucatán y en otros territorios. Igualmente, el grado de complementariedad que, entre las costas, los territorios de altura intermedia y alta, alcanzaron los incas, entró en crisis.

Fue en la etapa continental de la colonización española, con la llegada a la península de tres de los barcos que contenían los tesoros de Moctezuma, que la monarquía empezó a constatar que los nuevos territorios podrían ser rentables por sí mismos para su política de expansión territorial y comercial. Opción que se ratifica en 1531 con la conquista del Perú. Y da origen a una política colonial hacia los nuevos territorios, expresada en la creación del Consejo de Indias y los Virreynatos de México y Perú, además del establecimiento de las

Leyes Nuevas de Indias, que limitaban a dos vidas el disfrute de las encomiendas por los particulares, para su pase a disposición de la Corona.

La culminación de la política colonial, iniciada en época de Carlos V, se lleva efecto durante el reinado de su hijo Felipe II. La lucha por el dominio del Mar interior americano, en oposición a las miras de franceses e ingleses, consecutivamente, dio origen a la organización de las vitales comunicaciones marítimas del imperio, mediante el establecimiento, en 1561, de un sistema de flotas capaz de asegurar el arribo y salida desde México y Perú de los metales preciosos. Opción que se completa hacia la década de 1590, con la organización de un sistema de fortificaciones —concebido por el ingeniero militar italiano Antonelli— capaz de proteger los principales puertos escalas del comercio de Indias y otras villas y ciudades de los ataques ingleses, al estilo de los practicados por Sir Francis Drake.

La nueva ocupación territorial descansaba en los nodulos constituidos por las villas y ciudades erigidas durante la conquista y colonización hispana, a partir de un nuevo prototipo surgido de una estrategia diferente a la puesta en práctica por incas, mayas, muiscas y aztecas: la cual privilegiaba, además de la persistencia de las comunicaciones marítimas, la explotación de las zonas mineras y de espacios complementarios que aseguraran una parte sustancial de su avituallamiento en carnes y otros productos.

Relación hombre naturaleza que además de desamparar y dar al traste con las comunicaciones terrestres y fluviales, ya construidas; daba lugar a una infraestructura que, si bien era superior en lo marítimo, no sobrepasaba los logros de las terrestres y fluviales alcanzadas por las civilizaciones americanas a escala del continente.

Las acciones transgresoras de franceses e ingleses en su lucha con España por el predominio del Caribe, tuvo entre sus estrategias además de los ataques a sus navíos y a sus principales puertos, la ocupación de los territorios marginales de la colonización española, tales como las Guayanas, las Antillas menores y la Virginia occidental (isla de Roanoke), con el objeto de organizar actividades de contrabando, además de disponer de bases seguras para nuevos ataques.

La paulatina ocupación de los territorios marginales de la colonización española, dio lugar a la organización

de una Ruta del Contrabando estructurada a partir del Caribe oriental, en el eje Margarita-Cubagua-Cumaná, lugares de inicio de un desplazamiento marítimo que abarcaba las Antillas menores, incluía el norte de Puerto Rico, alcanzaba el occidente de Santo Domingo, en las plazas de Bahayá y la Yaguana (hoy territorio de Haití), y tenía su remate en el sur oriente de Cuba, en el Golfo de Guanacanayabo, puesto desde el que se iniciaba el retorno a Europa, aprovechando posiblemente el Canal Viejo de Bahamas. En la articulación de un circuito diferente al integrado al sistema de flotas, y que tenía unas raíces antiquísimas en la emigración que desde el 200 a.n.e practicaron aruacos y caribes hacia las Antillas.

Junto a los circuitos relacionados con el comercio oficial de las flotas, y el ilegal de la Ruta del Contrabando, existieron otros. Entre estos el que se practicó por el Golfo de Honduras, en la margen oriental de la costa de Yucatán; y el de la margen occidental, habilitado por Campeche, gracias a las a las opciones que brindaban los ríos Usumacinta y Grijalva y la Laguna de Términos. Incluido el llamado comercio canario americano, de la segunda mitad del siglo XVI (Morales, 1955). Comerciantes, empresarios de origen canario, se establecieron en La Habana y propiciaron un comercio que además de extenderse a las diferentes villas de Cuba, se amplió a La Española y Yucatán, con plazas regulares en Río Lagarto (ceranía de la actual Valladolid, en el norte de Yucatán) y Campeche. Los artículos de intercambio eran el vino, de procedencia canaria, que se intercambiaba por cueros, palo de Campeche y otros artículos que retornaban a España por la vía de la flota para venderse en Sevilla y retornarse a Canarias donde el ciclo volvía a reiniciarse.

Los diferentes circuitos —apenas mencionados en la historiografía al uso— son expresión de las corrientes marítimas prevaecientes en el Mediterráneo Americano, son —en lo esencial— el resultado de diferentes grados de especialización comercial. La oficial de la flota, dirigida en lo fundamental, al trasiego de los metales preciosos. Mientras el de contrabando privilegiaba cueros, sal, palos tintóreos, tabaco y otros artículos, cuya comercialización y procesamiento en Europa, era portadora de una nueva modalidad de explotación colonial que predominará desde el siglo XVII.

#### EL MEDITERRÁNEO AMERICANO EN LA ETAPA MERCANTIL MANUFACTURERA

Las potencialidades multiplicadoras de las actividades comerciales y de ocupación de nuevos espacios por parte de holandeses, ingleses y franceses, sumadas a las de los españoles y portugueses, mediante su establecimiento, entre otras, en las islas de Curazao, Barbados, Martinica y Guadalupe, en las Antillas menores; las Guayanas, en Suramérica; Virginia en Norteamérica; y Jamaica y la porción oeste de La España (Haití), en las grandes Antillas; pusieron paulatinamente fin, en el siglo XVII, pero, sobre todo, durante el XVIII, a la anterior condición de lago hispano del Mar interior americano.

Los elementos estructurales, reflejo de la mundialidad del proceso de formación del capitalismo —economía mundo—, que influyeron en este proceso se relacionaron con el avance de las manufacturas europeas de pescado (dependiente de la sal), textiles (vinculados con el uso de la grana, el añil y los palos tintóreos), además del azúcar, el tabaco y el cacao procesados en Europa, y que influyeron para extender en América las tierras ocupadas, y alcanzar la certeza de que los beneficios del mundo colonial no se limitaban a la simple extracción de los metales preciosos.

El dominio simultáneo por parte de Holanda, Inglaterra y Francia de la trata negrera, les permitió poblar rápidamente, mediante el envío masivo de negros esclavos, los territorios marginales de la colonización española, y a aplicar en ellos un nuevo prototipo de explotación intensiva: las colonias de plantación —hijas de una nueva política colonial, diferente a la española—, caracterizada por propiciar un proceso de actividad económica que interrelacionaba tres continentes (Europa-África y América), en un comercio triangular en que la metrópoli suministraba las exportaciones y los buques; África aportaba las mercancía humana, y las plantaciones americanas proporcionaban las materias primas coloniales (Williams, 1975, p. 43).

Las dificultades demostradas por España por adecuarse a las nuevas condiciones de la formación del capitalismo, en su etapa mercantil manufacturera, no fue la tónica prevaeciente para los territorios americanos. Estos, aunque afectados por la interrupción esporádicas del comercio oficial de las flotas, fueron capaces de valerse de las opciones del comercio intercolonial con el

resto de las posesiones hispanas, y mediante el de contrabando con los nuevos territorios ocupados, lo que le permitió mantener un incremento económico moderado y propiciar opciones económicas que fructificarían más tarde, en condiciones más favorables, como ocurrió en el siglo XVIII.

No es fortuito que los especialistas del seiscientos americano lo consideren el siglo formativo, en el que se fragua todo lo que ocurrirá después. Ni lo es, tampoco, que el historiador venezolano Eduardo Arcila Farías considerase que las sociedades iberoamericanas no crecieron como grupos aislados entre sí, por el contrario, como una sola sociedad que, aunque dispersa sobre una enorme extensión de suelo, contaba con un sentimiento americano formado por la interdependencia producida desde muy temprano entre aquellas colonias (Arcila, 1950, p. 14).

Ese sentimiento americano —como lo denomina Farías— es fruto de una evolución que, una vez culminada la etapa continental de la colonización española, en 1544, va conformando paulatinamente y con distinta cronología, según las especificidad de los diferentes territorios, una Sociedad Criolla caracterizada por un espíritu de autonomía, que no los llevaba a desconocer los elementos de unión con España, pero sí a distinguir componentes ya diferenciados, en los casos del español peninsular, el español americano, y los criollos en sus diversas variedades.

Entre las múltiples manifestaciones del paulatino surgimiento de una conciencia colectiva, tenemos la elaboración de numerosos Cantares de Gesta por toda América que, además de idealizar la naturaleza americana, asumieron imágenes no ajenas totalmente a los símbolos de la cultura greco latina, como Troya y los héroes de la épica europea para disponer de un epígono en lo que estaba sucediendo en sus respectivos territorios. Dieron lugar a mitos de diferente tipo, que conformaron un panteón religioso propio. Y, mediante las Crónicas de Indias, que se extendieron hasta el siglo XVIII, y monografías históricas dieron a conocer mejor los recursos y característica de la naturaleza americana. Todo ello manifiesto a través de dos aristas: la exaltaron a sus ciudades, y a la existencia de una civilización anterior con la que identificaban el esplendor de su propia evolución. Todo ello como muestra de un autoconocimiento, un auto reconocimiento en parte expresión de

las posibilidades de la condición articuladora de la Cuenca marítima.

## CONCLUSIONES

La pugna por el dominio del Mediterráneo Americano entre ingleses, portugueses, españoles, holandeses y franceses, tuvo, hacia el último cuarto del siglo XVIII, un triunfador; cuando, como resultado de la revolución industrial inglesa, las comunicaciones marítimas fueron dominadas por la marina británica.

El predominio era el resultado de la condición de avanzada de Inglaterra en la instauración del capitalismo clásico —el industrial— que le permitió una nueva política colonial y de unas esferas de influencia para la que disponía en América, además del Canadá, la isla de Trinidad, en el Caribe oriental, a la salida del río Orinoco; su dominio en el Golfo de Honduras, de la isla de Roatán y el actual territorio de Belice; más la mayor parte de las costas atlánticas centroamericanas, y una porción significativa de las Antillas menores y Jamaica. Posesiones a la que sumará en el Oriente, a la India, lo que la situación muy favorable para invertir sus capitales, en mejores condiciones, una vez que la mayor parte de Hispanoamérica alcanzó su independencia de España en 1825.

No obstante, las condiciones particulares que debieron sufrir los territorios americanos recién independizados, la existencia de una nueva dinámica por parte de las fuerzas sociales recién arribadas al poder, unida al fortalecimiento de la política imperial en la era del Capitalismo industrial, dieron lugar a cambios fundamentales en los métodos de dominación; evolución que tuvo un desenlace inesperado al triunfar los EEUU sobre Inglaterra y Francia en la lucha por construir el Canal interoceánico, que logra materializarse a través de Panamá en el año 1914.

Con el paulatino triunfo del imperialismo norteamericano hacia finales del siglo XIX, pero en lo esencial desde principios del XX, trajo en consecuencia que el Mediterráneo Americano se convirtiera en un lago de los EEUU. La importancia de este proceso apenas ha sido esbozada en lo pertinente a las transformaciones que al interior de los territorios latinoamericanos se desprendieron de este hecho. Ello supuso la modificación de la complementariedad existente en los territorios bañados por la Cuenca marítima. Las relaciones ancestra-

les de México con el resto de Latinoamérica por vía Veracruz, se perdieron, al punto de que la gran nación azteca tiene sus puntos de interconexiones con el Pacífico y la frontera norte con los EEUU.

Otro tanto pasó con Jamaica, en sus relaciones con Centroamérica y el Golfo de Honduras. La Habana sufrió igualmente este proceso, al desactivarse sus vínculos ancestrales con Nuestra América, para convertirse en mercado natural de Norteamérica. Todo ello unido a la pérdida de las comunicaciones y el incentivo para crearlas o mantener las existentes. Al punto de haber casi desaparecido.

A partir de la década de los 70 los 80, han venido ocurriendo en el mundo una serie de transformaciones derivadas de la progresión del neoliberalismo y el avance acelerado de la globalización, que ha dado lugar a procesos de integración que buscan la construcción de regiones. Aparejado a ello, los especialistas consideran que se transita hacia una gradual desaparición del viejo concepto de economía nacional, en la medida que las economías no se sustenten en ramas o sectores industriales enteros e integrados nacionalmente, sino de innumerables partes de producción que corresponden a cadenas internacionales. Se asiste —es otro criterio— al surgimiento de una gigantesca empresa multinacional.

Entre las tendencias resultantes para América Latina de este proceso tiene un lugar, de gran fuerza coercitiva, la que proviene de los EEUU por agigantar el dominio ejercido sobre el Mediterráneo norteamericano —según ya señalamos— mediante la estructuración de bloques de comercio regional al estilo del ALCA o el Bloque de libre comercio de las Américas. Como contrapartida han surgido organismos integradores, de nuevo corte y diferente estilo, como son los casos de MERCOSUR, el ALBA, o la CELAC, que además de buscar la necesaria posición común política, en medio de la diversidad, además de ser un freno para los referidos intentos dominadores, sean capaces de crear la infraestructura complementario y de comunicación que permita superar el esquema de interrelaciones existentes desde principios del siglo XX, y para los cuales el Canal de Panamá fue uno de los hitos esenciales.

En esta nueva evolución integradora resulta imprescindible aportar un conocimiento más adecuado de nuestra realidad, que reasuma las relaciones políticas y

—añado— culturales que nacen entre países situados en derredor de una misma cuenca, a que nos convocara Humboldt desde la primera década del siglo XIX.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANDERSON, P. (2000). *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona: Anagrama.
- Arcila Farías, E. (1950). *Comercio entre Venezuela y México en los siglos XVI y XVII*, México (D.F): El Colegio de México.
- BURKE, P. (Ed.) (1996). *Formas de hacer historia*, Madrid: Alianza Universal.
- C. GEERTZ, J. CLIFFORD et al. (1992). *El surgimiento de la Antropología posmoderna*, Carlos Reynoso (Comp.) Barcelona: Editorial Gedesa.
- CARPENTIER, A. (1974). *El recurso del método*, La Habana: Editorial Arte y Literatura.
- CORONIL, F. (2005). *Naturaleza del poscolonialismo: del eurocentrismo al globocentrismo*. En Eduardo L. (Comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- GARCÍA MÁRQUEZ, G. (2002). *Vivir para contarla*, Bogotá, Grupo editorial Norma.
- \_\_\_\_\_ (2015) *La soledad de América Latina*. Recuperado de [http: estáticos.elmundo.es](http://estáticos.elmundo.es).
- HUMBOLDT, ALEJANDRO DE (1956). *Viaje a las regiones equinociales del nuevo continente*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, Tomo 2.
- HUNT, L. (ed.) (1989). *The new cultural history*, Los Ángeles-Londres: University of California Presss.
- LANDER, E. (2005). *Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos*. En Eduardo Lander (Comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- MORALES PADRÓN, F. (1955). *El comercio canario americano (s. XVI y XVII)*, Sevilla: EEHA.

MORENO FRAGINALS, M. (2009). Explotación/deculturación. Ensayo de interpretación del Caribe insular. En *Órbita de Manuel Moreno Friginals*, Oscar Zanetti (comp. y prólogo), Ciudad de La Habana: Ediciones Unión.

NIETO ORRIOLS, D. (2011). Acercamiento a la historia cultural: el problema de la realidad, su deconstrucción. En *Cuaderno de Historia Cultural, Crítica y reflexión*, (s.l) (s.n), Vol 1.



QUIJANO, A. (2000). Colonialidad del poder y clasificación social. En Immanuel Wallerstein *Fistch rift for Immanuel Walleerstein*, Santa Cruz: Published under the sponsorship of the center for global international studies and regional studies and the division of Social Sciences at the University of California, Part. I, 11(2) summer/Fall.

RODRÍGUEZ SUÁREZ, R., Y R. PAGÁN, J. (2006). Interacciones multivectoriales en el Circum-Caribe precolonial: un vistazo desde las Antillas, *Caribbean Studies*, 34 (2), july-december, pp. 99-139.

SANDRS, W. T. (s/f) The population of the Central Mexican simbiotic region, the vasin of México and the Teotihuacán valley in the sixteenth century, the native population of the Americas in 1492. En W. Denovan, Madison (ed.), Pensylvania, Ediciones Universidad Wisconsin, (s.a.e).

SANOJA OBEDIENTE, M. (2010). *Historia social-cultural de la economía venezolana*. 14 5000 años ANP-2010, Banco Central de Venezuela, Ediciones Bicentenario).

SORHEGUI, A. (2014). Apuntes para una historia del Mediterráneo Americano, Ponencia presentada en el Seminario Internacional Marcadores del tiempo en las Antillas, La Habana.

SORRE, M., Y FILATTI, R. (1930). México. América Central. En *Geografía Universal de P. Vidal La Blache y L. Gallois*. Barcelona: Editorial Montaner y Simón, tomo XVIII.

WILLIAMS, E. (1975). *Capitalismo y esclavitud*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.

\_\_\_\_\_ (2011). *El negro en el Caribe y otros textos*. En Graciela Chailloux, (coord.) La Habana: Editorial Casa de las Américas.